



José Ovejero
Humo



JOSÉ OVEJERO

Humo

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2021

© José Ovejero, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal:
ISBN: 978-84-18526-06-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nos decían que las abejas estaban desapareciendo, pero algunas mañanas hay tantas que si salimos de la cabaña tenemos que caminar con la boca y los ojos cerrados para que no se nos metan en ellos. En realidad, ya salgo yo sola, si no queda otro remedio, porque la última vez que lo hicimos los dos al niño se le introdujeron siete u ocho por las mangas y el cuello de la camisa y le clavaron los aguijones en los brazos y en el pecho. Primero gritó muy fuerte, un solo grito que parecía más de sorpresa que de dolor. Luego rompió a llorar. Sus ataques de llanto no suelen durar mucho. Además, se quedó muy impresionado cuando escupí en la tierra y formé un barrillo con los dedos que, después de extraer los aguijones con las uñas, apliqué sobre las picaduras. Para que el barro chupe el veneno, le expliqué. Desde entonces el niño se queda en la cabaña, con la frente pegada a la ventana, si tengo que salir en medio de la nube de abejas a cortar leña o a desatascar de lodo el desagüe roto que va a la fosa séptica. Aunque lo remiendo una y otra vez, el caño está partido por tantos sitios que el barro termina por entrar y se solidifica en su interior, provocando el atasco del retrete.

Cuando una de esas pequeñas emergencias que me obligan a salir de la cabaña coincide con la invasión de abejas, cierro los bajos del pantalón y los puños de la blu-

sa o el jersey con una cuerda. Me tapo el cuello con una bufanda y me envuelvo la cabeza con otra para evitar que se me enreden en el pelo. Al principio me ponía gafas para que no chocasen contra mis ojos, pero siempre se extrañaba alguna por detrás de los vidrios, se asustaba y acababa picándome en un párpado. Aunque me he acostumbrado a las picaduras, en el párpado son muy dolorosas y la inflamación me dificulta la visión durante días.

Pero si podemos nos quedamos en la cabaña mirando esas oleadas que se desplazan con movimientos como los de los estorninos. Igual que una bolsa de plástico flotando en el viento, baja, sube, se ondea, parece deformarse. El niño mira en silencio –casi todo lo hace en silencio– y debe de sentir miedo porque me toma de la mano y se sacude a veces como si sintiese escalofríos y se junta un poco más a mí. Es uno de los raros momentos en que me permite que rodee sus hombros con un brazo. En algunas ocasiones nos envuelven durante tantas horas que acabamos por abandonar nuestro puesto de vigilancia, lo que no significa que nos olvidemos de ellas, porque el zumbido atraviesa las paredes de madera y yo misma me sacudo con frecuencia un insecto inexistente cada vez que me rozo con algo. La piel me pica como si estuviese recorrida, también debajo de la ropa, por miles de patitas invisibles. Cuando por fin desaparecen abrimos la puerta y él mira a un lado y a otro para asegurarse de que se han marchado, aunque si estuviesen cerca seguiríamos oyendo el bordoneo de sus alas. En el suelo quedan algunos cadáveres y también abejas que no han terminado de morir y caminan atontadas o patalean de espaldas en la tierra. El niño no las remata pisándolas, pero las contempla con desconfianza y a veces, cuando alguna deja de cami-

nar, la empuja con la punta del pie como para asegurarse de que ha muerto.

No he conseguido averiguar de dónde vienen. Los panales de corcho que se encuentran en el camino del bosque están abandonados y en ellos se acumulan las hojas secas y telarañas sucias en las que tiritan palitos y restos de insectos. Tampoco sé por qué vienen; no las veo libar en las flores cercanas a la cabaña, no se interesan por jarras ni cantuesos ni retamas e incluso se arremolinan en esta zona en épocas en las que apenas hay flores; tan sólo vuelan, apelotonándose unas contra otras en el aire de forma que a veces hasta resulta difícil distinguir las montañas que se alzan al otro lado del valle.

Ahora deben de haber pasado dos o tres semanas desde que el último enjambre rodeó la casa. Quizá porque empieza a entrar el frío o porque desde hace días sopla desde la sierra un viento que las ahuyenta. Aunque en realidad estoy hablando de la misma cosa, porque el frío siempre llega con el viento de la sierra, como si el invierno no pudiese venir desde otro lado. La llegada de ese aire helado me produce todos los años una sensación de desaliento y de rabia a la vez. Me paraliza durante horas en el interior de la cabaña. Me hace pensar en la huida o imaginar un milagro –mentira, ni siquiera puedo imaginarlo– que venga a resolver mis problemas. Con la entrada del invierno nuestra vida se vuelve aún más precaria si cabe, más incierta. Otra vez el hielo. Otra vez la nieve. Sobre todo, otra vez el hambre. ¿Tendrán temores parecidos los pocos animales que habitan estos bosques?

Hace cinco o seis años que no piso una ciudad y me he acostumbrado a oír únicamente los sonidos que produce la naturaleza. No hay máquinas por aquí cerca y al coche aparcado a cien metros de la entrada de la casa ya le habrían robado el motor cuando llegué. Aunque para usar la palabra robar habría que suponer la existencia de un dueño. Por supuesto le faltan las ruedas y supongo que también los circuitos eléctricos. Una de las primeras cosas que comprobé fue si le quedaba gasolina, pero el tubo que introduje en el depósito sólo me aportó una bocanada de gases de petróleo, cuyo sabor punzante aún recuerdo. Tampoco funciona el aserradero, que se ha ido desmoronando en medio del bosque de eucaliptos y ahora crecen entre las tablas lilos y piornos, zarzamoras y rosales silvestres. Incluso los aviones que a veces atraviesan el cielo trazan en silencio sus líneas blancas sobre el azul: el aeropuerto más cercano está a varios cientos de kilómetros y por eso los aviones vuelan a gran altura. Así que casi únicamente oigo crujidos, zumbidos, silbidos, las hojas rozándose en las ramas unas contra otras, la llamada o la queja de un animal, la lluvia sobre las tejas y la uralita, el viento haciendo tabletear las contraventanas, que quité por ese motivo y porque estaban tan rotas que no protegían del frío. Tampoco el niño es ruidoso. No es que

no hable, es sólo que puede pasarse días sin decir palabra. A veces responde y a veces no, otras es él quien, por iniciativa propia, dice algo. Señala y dice: avellanas. Dice arroyo, y lo dice alargando y acentuando la erre, como si le produjese placer pronunciar ese sonido. Dice lluvia. Dice cardo. Dice fuego. Dice ayer, y entonces no sé a lo que se refiere. Si le pregunto de dónde viene se queda un rato pensativo y dice: tiempo. Ignoro cómo se llama y quizá ni él lo sepa. Uno de los primeros días, sentados cada uno a un lado de la mesa de la cocina, llevé el índice a mi pecho y dije: Andrea. No me llamo Andrea, pero es un nombre que me gusta y da igual cómo me llame de verdad. Esa es una de las pocas cosas que puedo elegir. Andrea, le repetí señalándome. Andrea. Luego lo señalé a él. Dobló el cuello para ver dónde se apoyaba mi dedo contra su esternón. Yo Andrea, volví a tocarme. ¿Tú? Frunció el ceño; miraba mi dedo como esperando a ver qué venía después, como si ese gesto fuese el inicio de un acontecimiento interesante. Adiós, dijo por fin, que es lo que dice siempre que una situación lo supera. Desde entonces, cuando estoy de buen humor, lo llamo Adiós. Afirmar que él sonríe sería mucho afirmar, pero sí tengo la impresión de que sus facciones se destensan un poco, como si estuviese pensando en sonreír.

Por las mañanas, cuando su rostro está relajado, apenas abre los ojos al despertar, se diría que tiene seis años. Hacia la tarde ya ha envejecido, más bien, se ha desgastado y sus rasgos parecen difuminarse, deshacerse. Entonces recuerda a un chico de diez o doce que acaba de escapar del orfanato en el que lo maltrataban. Me gusta mucho por la mañana, me produce alegría vigilar de reojo los gestos con los que explora el diminuto mundo en

el que vivimos encapsulados. Hacia la tarde ya siento por él ternura o compasión o las dos cosas mezcladas, me gustaría acunar a ese pájaro recién caído del nido, a ese gato que regresa a casa tras sobrevivir a un chapuzón en el río helado, a ese perro que a pesar de todo se acerca temeroso a la persona que acaba de golpearlo. Vivo con un animalito que no es del todo doméstico, con un ser incapaz de sobrevivir por sí mismo y que sin embargo ni mendiga ni se rinde. Si fuese mi hijo estaría orgullosa de él.

Contemplo un atardecer incendiado. Las nubes que han pasado casi todo el día prendidas de la falda de la montaña han ido alzándose y ahora flotan sobre los picachos con la panza de color rosa, tiñendo la nieve con su reflejo. Ya el sol se ha puesto para nosotros, pero la luz es más brillante que hace unas horas. También brillan rojizas y amarillentas las últimas hojas de los álamos y los robles. Bajo la vista y descubro que el gato está mirando en la misma dirección. ¿Tendrán los animales un sentido de la belleza? ¿Sentirán emoción ante un mar reventando contra la base de un acantilado, ante un bosque invadido por la bruma, ante un cielo que parece a punto de fundirse en un manto de ascuas? El niño, a nuestro lado, dibuja figuras en el polvo: nunca dibuja animales ni personas, árboles ni casas, tampoco nubes o soles. Sus garabatos parecen reflejar un mundo de seres unicelulares: óvalos rodeados de flagelos, formas ahusadas de las que sobresalen antenas, figuras que podrían ser corales o amebas. Acumula un dibujo encima de otro, sin borrar el antiguo, como si se fagocitasen. Mientras tanto el cielo ha pasado del rosa al rojo escuro, los bordes de las nubes son filamentos incandescentes, pero el fondo del valle se va difuminando, como si se sumergiera en agua turbia. El niño se ha puesto en pie. Cierra los ojos unos segundos y los abre

durante un lapso similar, repite la operación una y otra vez y me pregunto si se cerciora de que cuando abre los ojos el prodigio continúa allí. Quizá piense que el mundo sólo existe cuando él lo percibe.

¿Te gusta?, le pregunto. Él asiente, creo, y a veces pienso que nuestra comunicación va más allá de lo inmediato, que en realidad hablamos de algo mucho más amplio y significativo que lo que podrían traducir mis palabras. «Hablamos», he escrito, como si de verdad él respondiese con frases más o menos imperfectas.

Luego continúa dibujando su mundo geométrico en el que no puedo imaginar qué retrata o muestra. Quizá nada. Entre esas líneas y lo que lo rodea es posible que no exista relación alguna. Tampoco parece encariñarse con ninguna de sus obras; no las examina al terminar –si es que ha terminado algo–, las pisa sin cuidado, no le importa que Miss Daisy o yo hagamos lo mismo. La gata y el niño no pueden explicarme por qué hacen lo que hacen, no aportan motivos. Son dos cajas negras imposibles de abrir. Tampoco es que yo les dé muchas explicaciones. Convivimos, calladamente la mayor parte del tiempo. Hacemos lo que tenemos que hacer; sin justificarnos. Sin mentir. No puedo imaginar una familia mejor.

Miss Daisy entra y se dirige directamente al niño. Se tumba a su lado. A veces él la acaricia distraído. Otras, se dedica con ella a juegos cargados de onomatopeyas y de gesticulación que no consigo descifrar. Además, cuando lo hace sólo puedo observarlos de reajo porque si el niño se da cuenta de que les presto atención interrumpe lo que esté haciendo y vuelve la cabeza hacia la pared. No quiero quitarle ese desahogo, la huida a algún lugar fantástico en el que logra escapar de esta cabaña. Así que escucho sus juegos, la voz del niño que se vuelve gatuna, algún bufido poco amenazante, sus movimientos ligeros —no sé cuál de los dos es más gato, si el animal o el crío—, y en momentos preciosos algo parecido a una risa. Justo entonces, oyendo a la gata y al niño, sintiendo sus desplazamientos por el suelo de madera, tengo sensación de hogar. Por eso no me despego de ellos ni me distraigo. Finjo dedicarme a alguna tarea imprescindible en su cercanía: limpiar la estufa, de cenizas y también de las abejas que a veces entran por la chimenea y mueren antes de conseguir rehacer el camino de vuelta hacia el exterior aunque el fuego no esté encendido; cocinar, si hay algo que cocinar (antes más que ahora) sobre la misma estufa, que tiene en la superficie superior una placa de metal que sirve de fogón; desatascar una vez más el fregadero que también hace las veces de lavadora (aquí todo

realiza varias funciones a la vez, pero ninguna de ellas bien), de lavabo y casi de bañera; yo sólo me lavo usándolo como si fuese una palangana –el hilillo de agua que sale del grifo no me permite lavarme directamente con él–, pero el niño a veces se encarama y se sienta en la superficie de azulejos desportillados en la que está encastrado, mete los pies, chapotea, intenta sentarse en su interior, pero ni siquiera él es tan pequeño como para lograrlo. A pesar de sus muchos pudores, no se avergüenza de estar desnudo en mi presencia. A veces juega distraído con su pene diminuto, tira de él o lo masajea, también lo rasca cuando pasamos mucho tiempo sin agua y no puede lavarse durante días: nunca he conseguido que baje conmigo al río o, más bien, baja conmigo, pero se niega a bañarse. No sé nada de él antes del día en que entró en la cabaña con la naturalidad de quien entra en su casa, se sentó en una silla y se puso a jugar con Miss Daisy, que fue la primera en adoptarlo, así que tampoco sé si ha tenido alguna mala experiencia con aguas bravas. O a lo mejor no había visto antes un río y le da miedo la rapidez con la que avanza el agua arrastrando hojas, pequeños troncos, peces muertos, y los remolinos en la otra orilla, la espuma cuando la corriente choca contra las rocas, el ruido de los guijarros que se despeñan corriente abajo. Yo le he enseñado un remanso entre raíces de abedules en el que el agua se detiene y no es tan profundo como para que pierda pie. Pero nunca he conseguido ni siquiera que se acerque a él. Me baño yo, sin quitarme las bragas; aunque a mí misma me parece extraño, yo sí siento pudor. Supongo que porque él puede mirar fijamente durante minutos lo que le interesa, casi sin pestañear, y me sentiría incómoda desnuda bajo esa mirada, aunque sea la de un niño.

Cuando se cansan de jugar vienen a mí, los dos, me observan con esa capacidad para la fijeza que comparten, doy al niño y a Miss Daisy algo de comer, en el caso de que lo tenga.

Si el alimento escasea, la gata me sigue a todas partes, vigila cada uno de mis movimientos, se incorpora sobre las patas traseras a mi paso, maúlla, se frota contra mis piernas haciéndome tropezar. Vete a cazar, le digo, y tráenos algo a nosotros. Eres tú el felino. El niño no protesta cuando no le doy de comer. No me sigue ni lloriquea, no parece tampoco que cambie su estado de ánimo. Acepta el hambre como acepta el frío o el calor, las abejas o el viento. No parece tener conciencia de lo que es fruto de un acto humano y lo que nos impone la naturaleza. Quizá tiene razón y no hay diferencia alguna. Que sea una voluntad o un suceso azaroso lo que nos hiere no altera la magnitud del daño. De todas formas, probablemente entiende que si nos saltamos una comida no es porque yo se la niegue, sino porque todo se pudre en el huerto como si el suelo se hubiese vuelto ponzoñoso, y también los árboles que nos rodean dan cada vez menos frutos. Nos quedan las bayas, las avellanas, que este año se han puesto mohosas casi todas dentro de la cáscara, y las nueces, vanas en su mayoría. También hongos y bellotas. Y en rarísimas ocasiones algo de carne, no cuando cazo yo, que lo he hecho pocas veces, no sólo por falta de puntería, también porque prefiero conservar los cartuchos para cuando la necesidad sea extrema, y no me refiero al hambre. Si comemos carne es porque alguna vez un perro asilvestrado viene a devorar una pieza, al calor que sale por debajo de la puerta o para huir de la soledad en la cercanía de otros seres vivos, y yo consigo arrebatársela. Es una ventaja que nunca me hayan dado

miedo los perros. Tengo una horca de metal con las puntas casi romas, que debe de haber servido para apilar heno, con la que, en cuanto se descuida, sujeto el cuello del animal contra el suelo. Tiene el tamaño justo para que, salvo los perros muy pequeños, no puedan sacar la cabeza una vez que los he atrapado. Se resisten, claro que se resisten, patalean y gruñen, intentan dar volteretas para liberarse, vuelven los ojos hacia atrás como para averiguar el origen de la agresión. Y acaban por soltar la presa, algunos por desesperación, los más agresivos con la intención de tener las fauces libres y dar dentelladas en todas direcciones. Entonces me agacho, sujetando con fuerza el mástil de la horca, no sea que se vayan a escapar en el último momento y sobre todo para que no consigan estirar el cuello lo suficiente como para morderme, recojo el trozo de carne que, si tengo suerte, apenas han masticado aún. Luego entro en la cabaña todavía manteniendo sujeto al animal con la horca y, desde el umbral, lo libero justo antes de cerrar la puerta. En general no les hago mucho daño. Los que más se revuelven y pelean acaban con rozaduras de ahorcado en el cuello, algún corte mínimo, nada realmente grave. Un mastín que estuvo a punto de derribarme, tanta era la fuerza y la rabia con las que se debatía, se lanzó contra la puerta cerrada; vi por la ventana cómo mordía el pomo, gruñía y babeaba, daba empujones con una de las patas delanteras. Acabó cansándose, pero rondó la casa durante un tiempo y me vigilaba de lejos cuando bajaba al huerto, armada con la escopeta y alerta, porque no me habría extrañado que me atacase. Aunque incluso los perros silvestres parecen saber qué es una escopeta.

Confieso que no me produce repulsión comer la carne que arrebató a los perros. Suele tratarse de un pájaro me-

dio desplumado por los dientes del animal, al que yo quito las últimas plumas, le corto la cabeza que normalmente se encuentra machacada, y lo echo a la sartén, si es necesario retirando también las zonas en las que han quedado esquirlas de hueso. No, no me avergüenzo ni me da asco. Más bien, siento orgullo por mi habilidad para la supervivencia.

Sólo en una ocasión dejé de comer la presa que arrebaté a un labrador jovencito, al que además sin querer clavé la horca en el cuello y huyó lamentándose entre los enebros. Es verdad que me encogió el estómago haber herido al animal, casi clavándolo al suelo a pesar de la poca punta de los pinchos de la horca, que me hicieron sentir mal la queja del perro, su mirada de reprobación, su terror. Pero si no cociné el conejo no fue por eso. Al llevarlo al interior de la cabaña –todavía se oían los lamentos del perro a lo lejos– me pareció que tenía los ojos como pegados con engrudo. Tampoco me tranquilizó la sangre ya tan reseca que parecía haberle salido de la nariz antes de ser cazado. Estoy casi segura de que la mixomatosis no se contagia a los humanos, así que no era tanto el miedo a la infección como el rechazo a comer carne de un animal infectado (casi podría decir que un sentimiento supersticioso o al menos irracional) lo que me llevó a renunciar al conejo. El niño se había acercado porque pensaba que iba a desollarlo y a él le fascina cuando desplumo, corto carne y huesos, separo cartílagos. Nunca me había visto desollar un conejo, pero probablemente pensaba que iba a asistir a una operación asombrosa.

Está enfermo, le dije, aunque esa afirmación sólo habría podido aplicarla a un ser vivo. Los ojos, fíjate, están hinchados, y pegajosos.

El niño alargó la mano y acarició los párpados. No podemos comerlo. Suéltalo, le dije también, porque lo había agarrado por una pata. No, no es para comer.

Es rara la vez que el niño se encapricha pero por más que tiraba no conseguía que soltase la pata mordisqueada del conejo.

Que lo sueltes, y lo empujé con fuerza porque acababa de sacar la navaja de un bolsillo. Salí al exterior, recorrí el trecho de matorral que nos separa del bosque, con el niño casi corriendo detrás de mí, y lancé el cadáver entre los árboles lo más lejos que pude. Si digo que el niño pasó tres días sin hablarme no es muy significativo porque lo habitual es que no me hable. Pero incluso se negaba a mirarme y a darse por enterado de mi presencia.

No seas tonto, podríamos haber enfermado. Pero supongo que la urgencia de la comida era para él más fuerte que cualquier precaución. La próxima vez que consiga un conejo, si hay una próxima vez, aunque tenga mixomatosis o cualquier otra enfermedad, enseñaré al niño a desollarlo, lo desmembraremos juntos, lo comeremos sujetándolo con las manos, a dentelladas, igual que haría el perro al que se lo haya robado. El niño ha aceptado antes que yo que ya no podemos regirnos por consideraciones propias de humanos civilizados. Para seguir con vida tenemos que regresar a una animalidad que antes me habría parecido despreciable. Aunque quizá el niño nunca salió de ella. No lo condeno. Al contrario, me parece una virtud útil en un posible aliado.